

Las ruinas del Reichstag, en la mañana del 2 de mayo de 1945, tras el alto el fuego ordenado por el Gobernador Militar de Berlín, general Veslin.



Hace treinta años:

El nacimiento de las dos Alemanias

José María Solé Mariño

ENTRE 1871, año en que se proclama en Versalles el Imperio Alemán, lo que supone la primera unificación de Alemania, y 1945, cuando entre las ruinas de la segunda guerra mundial se lleva a cabo la desmembración del territorio del Reich, solamente setenta y cuatro años de vida común han unido a los alemanes a lo largo de toda su historia. Y de ese breve tiempo, los usos democráticos habían tenido vigencia —una precaria vigencia— durante los quince años de la República de Weimar. Los alemanes nunca habían tenido, pues, largas experiencias unitarias ni libres. Quizá esta idea básica sirva como prólogo para una visión del proceso de formación de los dos Estados en que está dividida hoy la nación alemana.



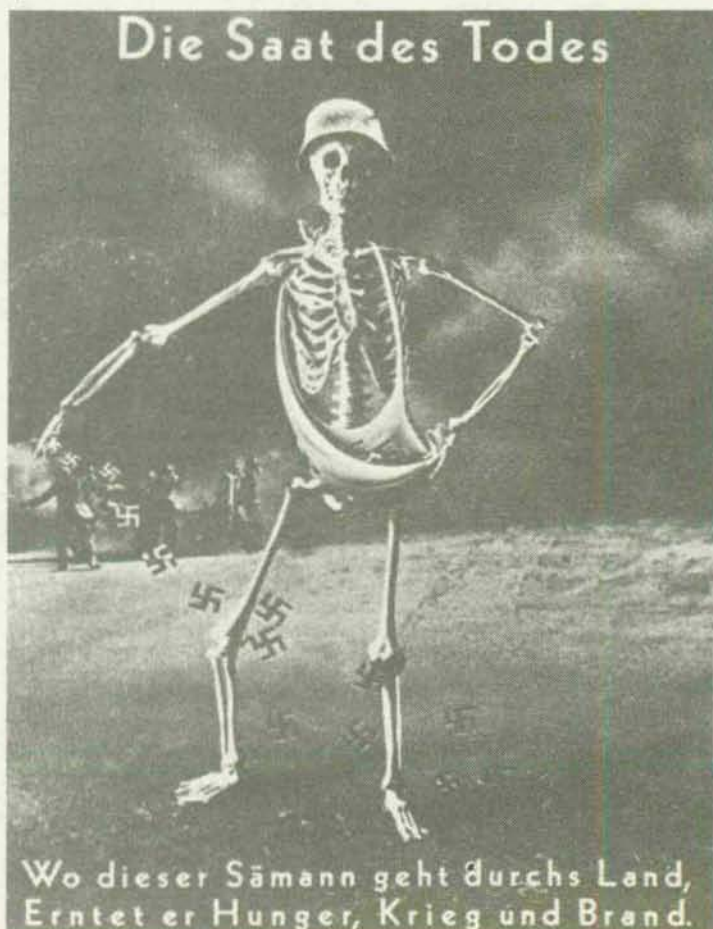
Churchill, Roosevelt y Stalin, durante la Conferencia celebrada en el Palacio de Livadia, de Yalta, en febrero de 1945.



Los tanques rusos estacionados en la antigua Avenida de los Tilos («Unter der Linden»), de Berlín, tras la ocupación de la antigua capital del Reich, en mayo de 1945.

LA DERROTA Y LA PARTICION

Ya en diciembre de 1941, esto es, solamente cuatro meses después de la invasión de la Unión Soviética por la **Wermacht**, Stalin comunica a Anthony Eden en el Moscú sitiado sus futuros planes sobre Alemania para cuando termine la guerra, que ahora se clarifica al establecerse dos frentes que el Tercer Reich, a pesar de encontrarse en su más alto momento de potencia, no podrá lógicamente mantener por mucho tiempo. A las crecientes presiones del dictador soviético durante los años siguientes sobre la participación de Alemania, única forma tranquilizadora para Stalin, temeroso de la fuerza germana, Churchill, en un primer momento remiso,



«La semilla de la muerte» («Por donde pasa este sembrador, germina el Hambre, la Guerra y el Fuego»). Cartel antinazi de John Heartfield.

Wo dieser Sämann geht durchs Land,
Erntet er Hunger, Krieg und Brand.



La población civil de Berlín, ayudando a desescombrar la ciudad, tras la entrada de las tropas rusas, en mayo de 1945.

acaba cediendo e incluso aceptando el **plan Morgenthau**, ideado por el secretario norteamericano del Tesoro, que pretendía la ruralización de Alemania, a la que se sustraería toda industria para convertirla en un país pastoril. Abandonado muy pronto este absurdo proyecto, cuando a mediados del año 1944 el final de la guerra se vislumbra ya, todavía no existía ningún acuerdo entre los aliados sobre el destino del territorio alemán. Las sucesivas reuniones de Teherán y Yalta habían tenido sin embargo como tema fundamental la cuestión alemana. Stalin pretendía la obtención de la mayor parte de las instalaciones industriales alemanas como compensación a las grandes pérdidas y destrozos sufridos por su país durante la ocupación. En

Teherán se había hablado también de la creación de cinco Estados autónomos, y la colocación de las zonas clave del canal de Kiel, Hamburgo, el Rhur y el Sarre bajo el control y la administración de las Naciones Unidas. Churchill, por su parte, apoyaba la idea un tanto nostálgica de la creación de una federación bávaro-austríaca y la separación del Rhur y de Westfalia.

Pero este proyecto nunca contó con más apoyo que el del hombre que lo había ideado. Se constituye finalmente un comité en Londres para tratar el tema en profundidad, así como para decidir la forma legal de la partición de Alemania dentro del acta de rendición del Reich, que ya comienza a redactarse a la vista de los avances de la guerra.

En los días 8 y 9 de mayo de 1945 cae definitivamente la resistencia alemana y desaparece de esta forma la estructura estatal del Tercer Reich, después de doce años de existencia. Las tropas soviéticas han ocupado todos los territorios orientales y han alcanzado Berlín. Los angloamericanos se han detenido mucho más al oeste de lo que pudieran haber avanzado. Son los primeros síntomas de la existencia de acuerdos secretos sobre futuras zonas de influencia. Los norteamericanos, cuyos efectivos habían sobrepasado el Elba, se retiraron para dejar lugar a los soviéticos en toda la zona situada a la derecha del río. En ese momento, Stalin anuncia que no tiene intención alguna de desmembrar a Alemania, y Milován Djilas, el ideólogo

yugoslavo que lo entrevista en esos mismo días, lo explica muy claramente afirmando que esta postura aparentemente benigna no era más que la primera parte del plan para apoderarse, no de una parte, sino de Alemania entera en un futuro muy próximo. Ante el inicial desinterés norteamericano que no ponía muchas trabas al empuje soviético, que ha habido en Varsovia y en Viena, en Budapest y en Praga, llegando hasta el mismo centro del continente, crece la alarma en Gran Bretaña. El vacío de poder existente en toda la amplia zona ocupada por el Ejército Rojo está siendo deliberadamente aprovechado por los soviéticos para instalar regímenes vasallos. Ahora, es Alemania quien está amenazada, y los

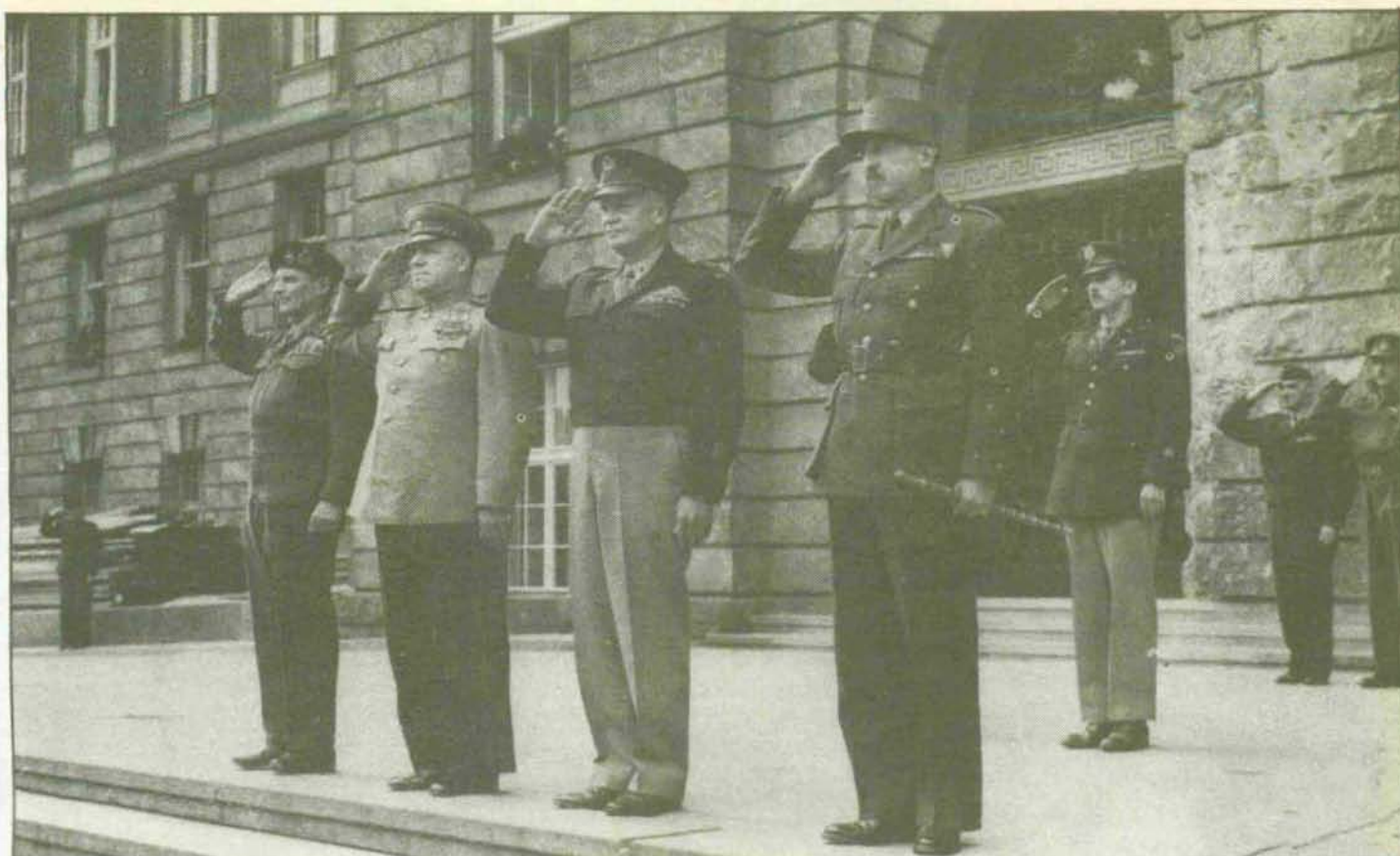
soviéticos pueden llegar hasta el Rin...

En los primeros días de junio, los cuatro comandantes de los ejércitos aliados —Montgomery, Eisenhower, Zhukov y Koenig— por medio de la declaración de Berlín, asumen todos los poderes en cada una de sus respectivas zonas, al mismo tiempo que se crea un Consejo Aliado de Control. Durante los meses de julio y agosto se reúne en la ciudad de Potsdam —antigua residencia de los reyes de Prusia— una conferencia con la pretensión de decidir el futuro de Alemania. A esta conferencia ya no asistirá Roosevelt, sucedido por Truman, ni las firmas finales serán suscritas por Churchill, que ha perdido las elecciones en su país para ser sustituido por Atlee. Las zonas

de Alemania situadas más allá de los ríos Oder y Neisse pasan a depender de la administración polaca «hasta la firma de un ulterior tratado de paz» que nunca se llegaría a rubricar. En la lejana Prusia oriental, la ciudad de Koenigsberg y su zona adyacente pasan bajo dominación soviética. De esta forma, regiones tan específicamente germanas desde los comienzos de la historia alemana dejan de serlo por medio de un dictado de los vencedores, y Koenigsberg, lugar de nacimiento de Kant y uno de los más significativos símbolos del predominio prusiano en las costas del Báltico, verá su nombre cambiado por el de Kaliningrado. Estas grandes regiones que constituían la cuarta parte del territorio del Reich, alcanzando



Las delegaciones aliadas, presididas por Stalin, Truman y Atlee, durante una sesión de la Conferencia de Potsdam (17 de julio al 2 de agosto de 1945).



De izquierda a derecha: el mariscal inglés Montgomery, el mariscal soviético Zukov, el general norteamericano Eisenhower y el general francés Koenig, durante el acto de izar las banderas aliadas sobre el antiguo Palacio de Justicia de Berlín, el 20 de agosto de 1945.

una extensión de unos ciento quince mil kilómetros cuadrados y una población de catorce millones de habitantes, eran la contrapartida entregada a la destrozada Polonia a cambio de los territorios del Este, todavía mayores en extensión, que la Unión Soviética ya nunca devolvería. La altamente industrializada Silesia con sus grandes yacimientos de carbón pasaba de esta forma a manos polacas mientras que más de trece millones de alemanes desplazados se lanzaban sobre las carreteras hacia la zona occidental de Alemania desde las regiones perdidas, desde Checoslovaquia, desde Hungría. Cabe suponer las dificultades y penalidades que supuso la integración dentro de Alemania de esos millones de personas, de los que murieron una sexta parte debido a las calamidades sufridas.

Al mismo tiempo que se deci-

dían los destinos de los territorios del Este, la conferencia de Potsdam efectuaba la partición del resto de Alemania en tres zonas. La aparición de Francia como cuarta parte no agrada a Stalin, pero es una decisión impuesta por los angloamericanos ante los primeros recelos que la postura absorcionista de los soviéticos suscita entre ellos. Los avances del Ejército Rojo habían ya delimitado los extremos límites del sector que ocuparían los soviéticos, y que comprendía el Mecklemburgo, Pomerani, Brandenburgo, Sajonia y Turingia (1). Ciudades que guardaban celosamente el espíritu creador alemán, como Weimar, Dresde y Leipzig, quedarán englobadas

(1) Esta zona supone aproximadamente en ese momento un cuarenta por cien del territorio, un treinta y ocho por cien del total de la población y un tercio de los recursos económicos de Alemania.

dentro de la zona soviética, cuyos ejércitos se asientan definitivamente sobre el corazón de Europa. La Gran Bretaña ocupa la zona noroeste con los grandes puertos del norte, y los norteamericanos obtienen el centro y el sur de Alemania. Francia recibe las zonas lindantes con sus propias fronteras, además de la administración de la región del Sarre, que mantendrá hasta 1957. Berlín, que queda dentro de la zona soviética, es asimismo dividido entre las cuatro potencia y muy pronto repetirá el modelo de polarización que se dará en el territorio alemán en su conjunto (2).

A la Alemania vencida le son impuestos un total desarme y desmilitarización, la destrucción de su potencial de guerra,

(2) También Australia y Viena habían sufrido divisiones similares entre las cuatro potencias. Hasta 1955, Austria no volverá a ver su suelo libre de tropas extranjeras.



Mapa de ALEMANIA, con los límites de las zonas de ocupación en 1945; los límites de los «Länder» de la República Federal Alemana, a partir de 1949; y la frontera entre la R.F.A. (República Federal Alemana) y la R.D.A. (República Democrática Alemana), incluidos los puntos de acceso terrestres a la R.D.A.

la eliminación del nacional-socialismo por medio de los procesos de desnazificación, así como una descentralización de la economía y una reorganización de la vida política sobre bases democráticas. Los procesos desnazificadores, cuyos procedimientos son todavía hoy objeto de controversia en Alemania, fueron llevados de forma muy distinta en las dos zonas. En la oriental, muchos miembros del partido nazi, que había agrupado en total a seis mi-

llones de afiliados, se pasan al partido comunista en ascenso y de esta forma no solamente se sustraen a las represiones que podrían sobrevenirles por su anterior actuación, sino que al mismo tiempo se sitúan favorablemente dentro de la nueva realidad política de su país. En la zona occidental, tienen lugar cientos de miles de procesos sin que hasta hoy haya podido demostrarse la validez de las formas ni los resultados efectivos de las medidas adoptadas al final de los

mismos. La prohibición del partido nazi, las destituciones y encarcelamientos, así como los innumerables interrogatorios a que se vieron sometidos miles de alemanes, ilustran el telón de fondo de los primeros años de la Alemania ocupada.

DISTINTAS POSTURAS DE LOS ANTIGUOS ALIADOS

El Consejo de Control Aliado mantiene los más altos poderes, pero enseguida se manifiesta la verdadera actitud de

la Unión Soviética, en vías de obtener el dominio de toda Alemania superando así la primitiva idea de la desmembración del país. El aparato de producción industrial alemán no había sufrido daños de consideración ni siquiera en los últimos meses, en los que la lucha se había encarnizado sobre el mismo territorio del Reich, y así, aparte las lógicas destrucciones, pudo ser puesto en marcha de nuevo una vez finalizadas las operaciones bélicas. En la zona oriental, el desmontaje de las fábricas para ser trasladadas a la Unión Soviética, comienza ya en los primeros días de la paz, y alcanzarían la cuarta parte del total de las instalaciones al terminar el primer año de ocupación. Al mismo tiempo, los occidentales habían comenzado a darse cuenta de la importancia fundamental que la existencia de una Alemania fortalecida podía significar en Europa como factor de cohesión y de defensa contra un Stalin cada



El Presidente de los Estados Unidos, Harry Truman (en el centro, de la fotografía, con el mariscal Stalin a su derecha y el «Premier» Inglés Churchill a su izquierda) durante la primera sesión de la Conferencia tripartita de Postdam, el 17 de julio de 1945.

vez más expansivo en cuanto a conquistas territoriales. Así, al mismo tiempo que los soviéticos saquean de forma sistemática su sector de ocupación, los occidentales comienzan a facilitar la recuperación económica de la zona occidental. Por medio del plan de ayuda **UNRRA** primero, y más tarde por el **Plan Marshall**,

los anglosajones plasman de forma práctica su política expresada en las palabras del propio creador del plan que lleva su nombre: «Los Estados Unidos se oponen a una política que formaría un tugurio superpoblado o un asilo de indigentes en el corazón de Europa». Ante estos hechos y palabras no cabe sin embargo



Tropas de la 2.ª División Blindada de los Estados Unidos, de ocupación en Alemania, en Hesse-Darmstadt (octubre de 1947).

Molotov, ministro de Asuntos Exteriores de la U.R.S.S. (a la derecha de la fotografía), con el general George Marshall, creador del Plan de su nombre de ayuda norteamericana a Europa, en Londres, en mayo de 1946.

pensar en una postura desinteresada y humanitaria de los aliados occidentales para con el pueblo alemán, al que habían quebrantado durante años con sus bombardeos. Los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia prefieren disponer de un Estado fuerte que sirva de **cordón sanitario** frente a la Unión Soviética en expansión, y al mismo tiempo las crecientes y ventajosas inversiones norteamericanas en el sector occidental son también motivos más que suficientes para mantener una postura intransigente sobre el tema. De esta forma, a las nacionalizaciones sin indemnización que se llevan a cabo sobre las fábricas y los grandes latifundios del sector oriental, una política de libre mercado se implanta en la zona occidental según los modelos clásicos del capitalismo.

En la base de todas las futuras desavenencias entre los antiguos aliados están siempre las distintas concepciones acerca de la reanudación de la vida política en Alemania que sustenta los dos poderes opuestos. Mientras que la Unión Soviética pretende llevar hasta el fin la idea de una **nación democrática integrada**, a partir de un proceso de formación de una **democracia popular** instalada sobre el territorio, los occidentales han comenzado a poner en funcionamiento en su zona las bases para el establecimiento de una democracia parlamentaria de corte occidental, y por ello totalmente opuesta a las pretensiones de Stalin. Es evidente desde los primeros momentos para los occidentales que la Unión Soviética nunca admitiría una unificación de Alemania bajo esta



forma política, y por lo tanto obran unilateralmente en consecuencia.

El año 1946 contempla las primeras disensiones serias entre occidentales y soviéticos, pero también las desavenencias anglosajonas con Francia, que se niega a unirse a su portura. El general De Gaulle pretende una serie de medidas sobre Alemania que los dos gobiernos aliados no pueden aceptar, mientras que Stalin fomenta estas diferen-

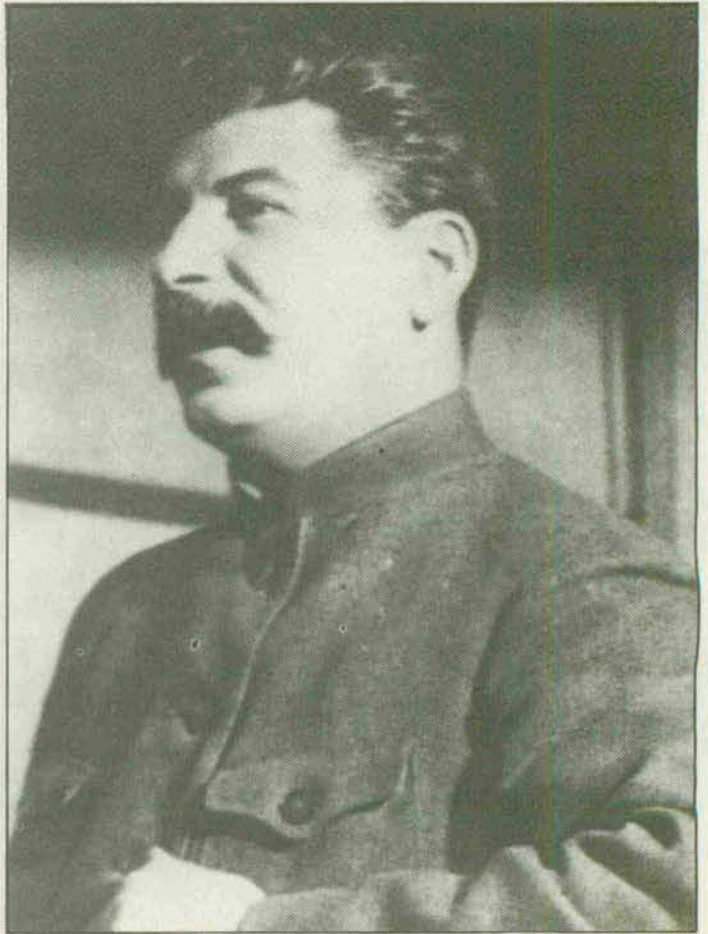
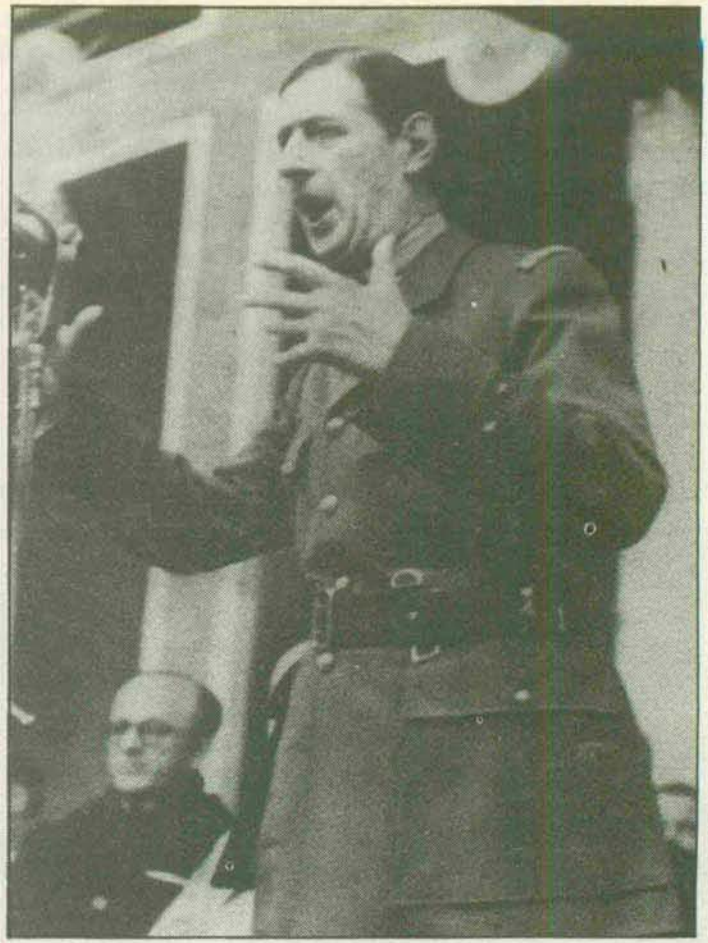
cias que debilitan al frente común occidental. En esos momentos, la ciudad de Nuremberg es escenario del juicio contra altos responsables del régimen nacional-socialista. Las diferencias que están aumentando a pasos agigantados entre las potencias aliadas se pondrán repetidamente de manifiesto durante las prolongadas sesiones del que será considerado como el proceso al nazismo. El 29 de julio de ese año, se da un

importante paso adelante en el camino de formación de lo que será el futuro Estado alemán. Británicos y norteamericanos fusionan sus sectores creando la denominada **bizona**. Francia se niega a adherirse por el momento al no ver satisfechas sus reivindicaciones sobre el Rhur, hacia el que también los soviéticos dirigen su codiciosa mirada. La postura occidental se va poco a poco endureciendo por medio de medidas tales como la supresión de suministros de indemnización desde la zona occidental hacia la Unión Soviética y el apoyo expreso prestado a los partidos anti-comunistas en su sector. Byrnes, representante norteamericano, había hablado unos meses antes en la Opera de Stuttgart acerca de la voluntad de su gobierno de dar al pueblo alemán la posibilidad de poner su talento y su energía al servicio de las actividades de la paz, al mismo tiempo que preconizaba el restablecimiento inmediato de un gobierno provisional para todo el país a partir de los gobiernos regionales de los **lander**, que habían surgido tras la liberación. La reacción de la Unión Soviética no pudo ser más negativa, ya que siempre había pretendido mantener sobre los alemanes la amenaza de impedir por tiempo indefinido la posibilidad de organizarse políticamente por sí mismos.

La constitución en la ciudad de Frankfurt de un embrión de poder político, como era el Comité formado por los miembros del gobierno de los **lander**, además de su correspondiente Consejo Económico, sienta las bases para la república que ya se vislumbra.

Escena cotidiana durante el bloqueo de Berlín (24 de junio de 1948 al 12 de mayo de 1949). La población berlinesa aclama a un avión cargado de vituallas y medicamentos que se dispone a aterrizar en el aeropuerto de Tempelhof, durante el puente aéreo.





De izquierda a derecha y de arriba abajo: Churchill, De Gaulle, Truman y Stalin; los «4 Grandes», en la Europa de la inmediata postguerra.

Los ordenamientos en materia económica y educativa se van distanciando cada vez más en cada una de las dos zonas, y la cuestión de los renacidos partidos políticos contribuye a diferenciar netamente las dos zonas en las que cada vez con más profundidad se va dividiendo la nación alemana.

LOS PARTIDOS POLITICOS

La destrucción de los partidos democráticos a partir de enero de 1933 y la desaparición de sus respectivos sindicatos, al mismo tiempo que había congregado alrededor de los cuadros que se mantenían en la clandestinidad a una pequeña fracción de sus antiguos militantes, les había restado casi todo su crédito y autoridad tanto entre la burguesía liberal como entre las clases trabajadoras, que los acusaban de no haber ejercitado suficiente fuerza en contra de la marea nazi en unos momentos en que hubiera sido posible contenerla. También es verdad que la posibilidad de una comunicación efectiva entre socialdemócratas

y comunistas durante los primeros días del nazismo en el poder había sido abortada por la actuación de la **Gestapo**. Ahora, con la finalización de la guerra, como señala muy acertadamente el profesor Abendroth, ningún grupo social en Alemania estaba en condiciones de servir de interlocutor con las potencias ocupantes. La concienzuda desarticulación de las formaciones ideológicas y obreras por el régimen hitleriano había dado su fruto y la desconfianza de la población hacia los partidos, que de hecho habían dado paso a la dictadura en 1933, no favorecían en absoluto el renacimiento viable de la política partidista.

Ya en junio de 1945, los ocupantes soviéticos autorizan en su zona la aparición de cuatro partidos ya preexistentes, lo que suponen dará un tinte de legalidad a la fusión que un mes más tarde se efectuará con ellos para formar un frente único similar al que está también naciendo en todos los países que ocupa el Ejército Rojo. El predominio del partido comunista, cuyo líder Walter Ulbricht había

llegado en avión desde Moscú a **Berlín** cuando todavía se luchaba en la **capital**, con la finalidad de organizar los nuevos poderes, irá acentuándose a medida que aumenten las presiones sobre los dirigentes socialdemócratas con vistas a una fisión que buscan los comunistas para dominar a la más importante formación política de Alemania.

El gran partido socialdemócrata, **SPD**, mantiene en 1945 su tradicional postura anti-revolucionaria que ya le había valido la enemistad de los comunistas desde 1918. Los líderes y miembros más destacados del partido habían muerto o sufrido las calamidades de los campos de concentración nazis. En el exilio un importante grupo había mantenido en Londres todos los principios del partido, y nada más terminar las hostilidades se traslada a Alemania para encabezar la facción que se opone a la fusión con los comunistas. El nuevo líder del partido es Kurt Schumacher, inválido por las torturas sufridas en prisión, que aunque cuenta con decisiva influencia en las grandes ciudades, no

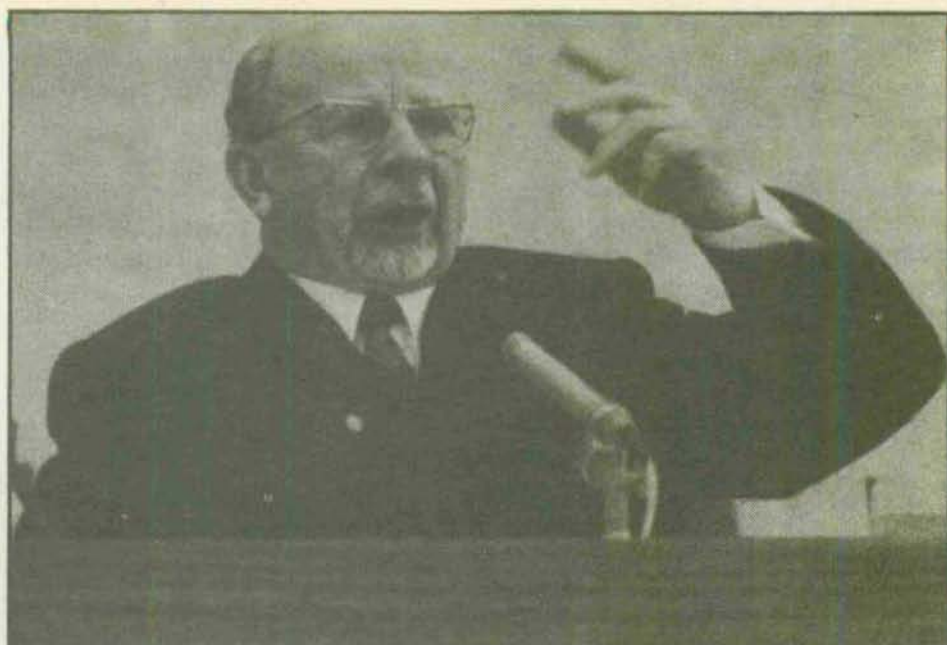


La Puerta de Brandenburgo, línea divisoria entre las dos Alemanias y, por extensión, entre dos formas de Gobierno y dos interpretaciones de la vida, menos contrapuestas de lo que pudiera creerse.

tiene la **completa confianza** de las potencias occidentales, que prefieren indudablemente a otro gran partido que les ofrece una mayor seguridad en cuanto a su ideología.

Se trata de la **Unión demócrata-cristiana, UDC**, de fuerte influencia católica y conservadora, que desde los primeros momentos apoya una solución federal para el país y, tácticamente, admite la inevitable partición de Alemania. La **UDC** será la transmisora de los poderes al nuevo Estado y el pilar fundamental sobre el que se apoye durante muchos años la existencia misma de la Alemania occidental como entidad política independiente. Pero a finales de 1945, cuando ya las cuatro potencias ocupantes habían autorizado el funcionamiento de los partidos en sus zonas de ocupación, el mayor problema interno se halla en la fusión de las dos grandes formaciones de izquierda. Oponiéndose a la idea independentista de Schumacher, Otto Grotewohl dirige la facción que preconiza la fusión con los comunistas. La vida en la zona oriental para los partidarios socialdemócratas se va haciendo cada vez más difícil.

Las detenciones se suceden hasta que el febrero de 1946 el mismo Schumacher recomienda la disolución del partido en el sector oriental por considerar inviable su existencia. Este es el momento elegido por los fusionistas, que realizan la unión sin previa consulta a los miembros del partido y forman el **Partido Socialista Unificado de Alemania**, después de haber observado que la consulta celebrada entre los socialdemócratas de Berlín occidental acerca de la fusión había arrojado un ochenta y ocho por cien de votos negativos.



Walter Ulbricht (1893-1973). Fundador del Partido Comunista Alemán «Spartacus», en 1919. Diputado comunista en el Reichstag de 1928 a 1933; Secretario del Partido Comunista de 1946 a 1971, Presidente del Consejo de Estado de 1960 hasta su muerte.

En el otoño de 1946, se celebran elecciones generales y municipales en el sector soviético. Amordazado el partido socialdemócrata y contando el comunista con el respaldo de las fuerzas de ocupación, el nuevo partido obtiene una victoria casi absoluta. Los comunistas habían ya ocupado todos los puestos decisivos en la zona y nunca más se celebrarían elecciones libres en la parte oriental de Alemania, expoliada persistentemente en todos sus recursos económicos por los soviéticos.

En la zona occidental la actividad de los partidos se realiza de una forma escalonada, permitiendo en primer lugar su existencia a nivel local y, más tarde, a nivel de **lander**, para pasar finalmente a tener actuación en todo el ámbito de la zona. En las elecciones celebradas a finales de 1946, los resultados obtenidos daban siete millones de votos a los socialdemócratas, otros tantos a los democristianos y dos al pequeño partido liberal, que con esto se convertía en el verdadero árbitro de la situación.

Todavía más que las decisiones tomadas a alto nivel por las potencias ocupantes al mismo tiempo que se producen las vicisitudes dentro de los partidos renacidos, la verdadera división de Alemania se produce cuando la consolidación de las tendencias ideológicas, si no entre el mismo pueblo sí en la minoría dirigente en cada sector, determine ya el futuro de las dos repúblicas aún no nacidas. En toda la Europa occidental, los primeros años que siguen a la victoria aliada observan un gran aumento del favor con que cuentan los respectivos partidos comunistas, que llegan a participar del gobierno en varios Estados,, destacando entre éstos por su importancia Francia e Italia. La lucha de los comunistas contra el ocupante alemán había favorecido su imagen ante la opinión pública de los sistemas democráticos, pero en Alemania se producía un efecto contrario. Bien fuese por la persuasiva propaganda anticomunista que había desplegado el partido nazi, o por la cercanía del Ejército Rojo que invadía su propio país y



Conrad Adenauer (1876-1967). Alcalde de Colonia en 1917. Presidente del Consejo de Estado Prusiano de 1920 a 1922. Arrestado en 1933 por las autoridades nazis. Tras la guerra mundial, nuevamente Alcalde de Colonia en 1945 (destituído por las fuerzas de ocupación británicas); fundador del Partido Demócrata-cristiano en Renania; y Presidente de dicho Partido en 1946. Elegido Canciller de la República Federal Alemana el 14 de septiembre de 1949, hasta 1963.

estaba ayudando a soviétizar una parte de él, los alemanes no dispensaban a los comunistas el mismo favor que franceses, italianos o escandinavos. Así, el partido comunista, previendo muy acertadamente su fracaso electoral en la zona occidental, había optado por consolidar definitivamente su dominio en el sector oriental abandonando las vías democráticas una vez celebrados los primeros comicios, no del todo libres, pero que suponían sus dirigentes que les otorgarían una cierta naturaleza legal.

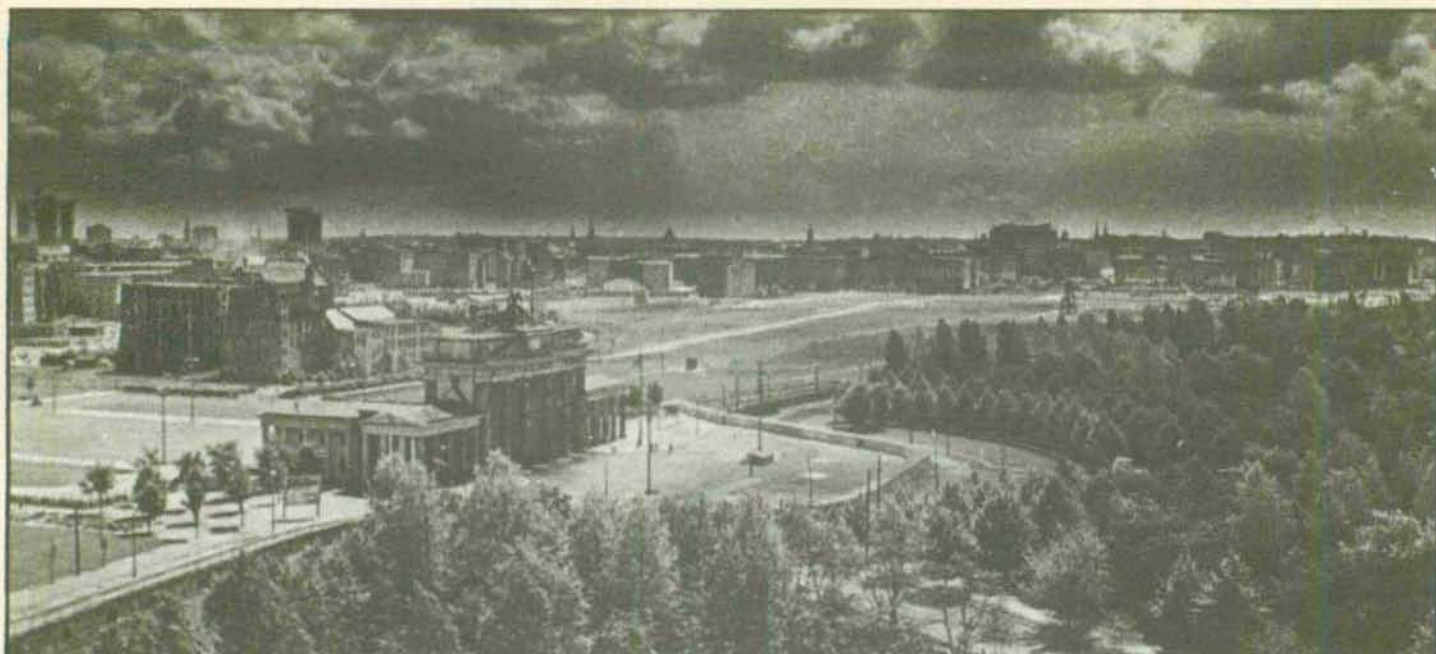
LAS DOS ALEMANIAS. EL BLOQUEO DE BERLÍN

En el verano de 1947 se produce ya la definitiva cooperación entre los occidentales como dique ante las pretensiones soviéticas. La Junta de jefes de Estado Mayor norteamericana había declarado: «Una Europa ordenada y próspera exige la contribución económica de una Alemania productiva y estable». Frase que, con un lenguaje muy propio de la época, al mismo tiempo que reafirma las intenciones norteamericana-

nas de mantenerse en Europa todo el tiempo necesario y no solamente los tres años previstos inicialmente, indica su voluntad de contribuir a la reconstrucción de Alemania, de cuyos resultados los propios Estados Unidos estaban ya comenzando a beneficiarse económicamente, lo cual les hacía más duros ante los deseos soviéticos de expansión hacia el Oeste. Por otra parte, la retirada política del general De Gaulle facilita esta nueva etapa de cooperación, a la que él se oponía de forma personal.

La antigua capital alemana había sido dividida, como se ha visto, en cuatro sectores de ocupación a pesar de estar enclavada en el centro de la zona soviética. Los constantes roces producidos entre los antiguos aliados alcanzaban en Berlín su grado más alto dada la delicada situación de la ciudad. El sector occidental unificado estaba regido desde las elecciones de octubre de 1946 por un alcalde socialdemócrata, Ernst Reuter, uno de los más antiguos miembros del partido comunista alemán, que había conocido personalmente a Lenin y que había abandonado el partido ya antes de la guerra. Frente a él, en el otro sector, Friedrich Ebert, hijo del que fuera primer presidente de la República de Weimar, había sido nombrado alcalde de la zona soviética. El día 18 de junio de 1948, los occidentales deciden la creación de una nueva moneda, el **Deutschemmark**, para sustituir al viejo **Reichsmark** quejado de inflación, pero manteniendo en Berlín occidental la antigua moneda. Siete días más tarde, los soviéticos repiten en su zona la operación, al mismo tiempo que como represalia por la acción occidental inician el bloqueo de Berlín.

Once meses de estrangula-



Berlín dividido: En la fotografía, una panorámica del sector «Tiergarten» de Berlín Occidental, la zona arbolada y al fondo el sector Oriental.

miento tendrá que soportar la población, cortados los accesos por vías terrestres, lo que impedía el abastecimiento de la isla que era el sector occidental. La operación montada por el general Clay, comandante en jefe americano, parece ser la primera señal de alerta para los soviéticos en el sentido de hacerles comprender la imposibilidad de expandirse hacia el Oeste. Durante esos meses, aviones de las fuerzas aéreas británicas y norteamericanas abastecen a la ciudad, que cuenta con unos tres millones de habitantes, mientras intelectuales y políticos visitan Berlín en apoyo moral a sus habitantes, entre los que comienza a destacar la actuación del miembro del SPD exiliado durante la guerra en Noruega, Willy Brandt, futuro alcalde de la ciudad y canciller federal. En mayo de 1949 cesa esta prueba de fuerza entre los ocupantes de Alemania y la Unión Soviética permite la apertura de las vías de comunicación terrestres que unen a Berlín con la Alemania occidental. Berlín ya se ha convertido en la ciudad mártir, símbolo de la defensa de la libertad frente al comu-

nismo, como rezaba la propaganda de la guerra fría que acaba de comenzar (3).

LAS DOS REPUBLICAS ALEMANAS

Mientras tanto, las conferencias de Londres y de Washington habían decidido ya la entrega del poder político en el sector occidental a los propios alemanes. Pero a pesar del interés angloamericano por el traspaso de estos poderes, es el partido socialdemócrata el menos interesado en llevar a cabo la constitución de un Estado en la zona, lo que produciría, según la opinión de sus dirigentes, la definitiva partición de Alemania. Pero el partido democristiano, encabezado por Konrad Adenauer, antiguo alcalde de Colonia desde 1917 hasta 1933, está

(3) Algunos detalles técnicos del puente aéreo: se transportaron un total de 2.500.000 toneladas de mercancías, sobre todo víveres y carbón, por medio de 275.000 vuelos realizados. Los costos humanos fueron de treinta y nueve aviadores británicos muertos, treinta y un norteamericanos y nueve civiles. Los costos económicos recayeron sobre los Estados Unidos, con 350 millones de dólares, la Gran Bretaña aportó 17 millones de libras esterlinas y la zona occidental de Alemania 150 millones de marcos.

más interesado en la integración en Europa de una Alemania nueva a todos los efectos que en la misma reunificación, en la que ya muy pocos creen realmente, ya que nadie espera que Stalin acepte unas elecciones generales previas para conocer la voluntad de la totalidad del pueblo alemán sobre su futuro unido. Konrad Adenauer, verdadero padre de la República Federal de Alemania, era un renano católico y terriblemente antiprusiano. Así, no puede extrañar su falta de interés en lograr una reunificación con una zona cuyo centro seguía estando en la destituida Prusia. El viejo político, de carácter paternalista y autoritario, que creía que Asia comenzaba en el Elba, resultaba el político ideal para los intereses occidentales, y su partido ofrecía garantías y seguridades a los sistemas democráticos burgueses una vez pasada la euforia de la idealización del comunismo.

Tras siete meses de trabajo, el Consejo parlamentario finaliza la elaboración de la Ley fundamental, que será aprobada a continuación por los representantes de los *länder* y entrará en vigor el día 23 de

mayo de 1949. Baviera no la ratifica aduciendo su carácter centralista, pero reconoce su validez legal. Por medio de su ley constitucional, la República que nace exhibe todos los principios del Estado de derecho, al mismo tiempo que manifiesta su voluntad de hacer posible la reunificación de todos los alemanes. La capitalidad del nuevo Estado se situaba en la pequeña ciudad universitaria de Bonn, a orillas del Rin, a instancias personales de Adenauer, que tenía muy cerca de allí su residencia, y al mismo tiempo pretendía significar de alguna forma la prevista provisionalidad del Estado basado en la división a la espera de la reunificación. La capitalidad situada en una ciudad de mayor tamaño podría haber dado la impresión de una idea de estabilidad y permanencia.

Stalin había esperado a que los occidentales diesen el primer paso en la institucionalización de la división de Alemania. Ahora solamente tenía que repetir la acción, y así, cuando el 7 de octubre del mismo año se proclama en el distrito soviético de Berlín la República Democrática Alemana por decisión del Consejo del Pueblo cuyos miembros habían sido nombrados por los dirigentes del partido comunista, ya nadie mantiene dudas acerca de una posible reunificación. Alemania parece ya definitivamente dividida. Wilhelm Pieck, presidente de la República, y Otto Grotewohl, primer ministro, reciben las felicitaciones de su protector Stálin, que escribe: «La formación de una república alemana, democrática y amante de la paz, marca un hito en la historia de Europa. No cabe duda de que la existencia de una tal Alemania, junto con la existencia de una Unión Soviética erigida en paladín de la paz, excluye la po-

sibilidad de nuevas guerras en Europa... Si estos dos pueblos deciden luchar por la paz con la misma concentración de fuerzas con que ambos sostuvieron la guerra, la paz en Europa puede darse como segura». Ya estaba instituido el dominio personal de Walter Ulbricht, que sería durante dos decenios el más fiel intérprete de las consignas soviéticas dentro del sector socialista de Europa.

Alemania ha sido durante los años de la guerra fría la piedra de toque en las confrontaciones surgidas entre las dos superpotencias. Berlín, por su parte, es un símbolo que persiste hasta hoy, pero despojado ya de mucho de su anterior dramatismo. Muchas vi-

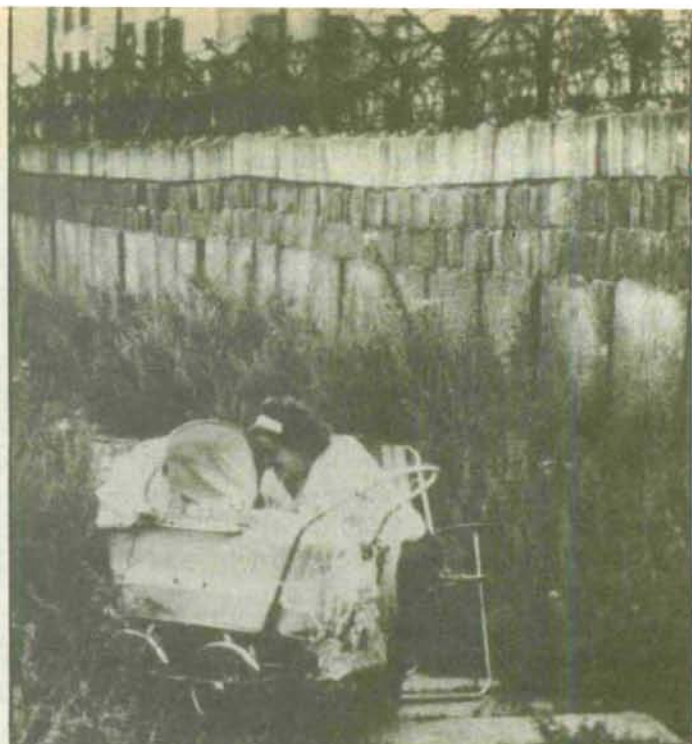
cisitudes han recorrido los dos Estados alemanes, pero es muy cierto que nunca han tenido experiencias paralelas o similares. Cada uno de ellos es la primera potencia industrial de su respectivo bloque ideológico-económico, y esta realidad puede llevar a hacer lejanas conclusiones. Uno de los dos Estados, la República Federal, es la principal punta de lanza del capitalismo norteamericano en Europa; el otro, la República Democrática, representa de la forma más ortodoxa los principios de los sistemas inspirados por Moscú. Con la división de Alemania, de cuya institucionalización se cumplen ahora treinta años, se demuestra de la forma más palpable la posibi-



El Canciller de la República Federal Alemana, Conrad Adenauer, en una alocución ante la Cámara de Diputados (Bundestag), en 1960.



Tres «Vopos» (policías de la Alemania Oriental), vigilando sobre el muro de Berlín.



Una madre berlinesa con su hijo, junto al muro que separa los dos sectores de Berlín.

lidad de implantación, de forma más o menos forzada, de principios políticos y económicos opuestos sobre el cuerpo de una misma comunidad histórica, con idénticas tradiciones, usos y creencias después de siglos de formación. Es una realidad a tener en cuenta a la hora de avanzar aventuradas conclusiones relacionando nacionalidades y sistemas políticos como contradictorios o favorables entre sí en el momento de llegar a su combinación. El ejemplo de la nación alemana está muy cerca, al alcance de todos los que tengan algún interés en comprenderlo.

LA DIVISION EN LA VIDA CULTURAL

Tras la finalización de la guerra, las universidades alemanas comienzan a abrir sus puertas en las dos zonas de ocupación. El común sentimiento de culpa y de derrota se une a partir de ese momento a un gran descenso de las producciones de la mente. No solamente no aparecen nuevos autores que aporten visiones de la realidad alemana, sino que parece haberse

agotado el impulso creador de los grandes escritores de la preguerra. El nivel cultural alcanzado durante los años de la débil democracia de Weimar parece ahora inalcanzable. La adscripción ideológica de muchos de los más grandes pensadores y literatos alemanes a posturas liberales e izquierdistas durante el período prenazí había ocasionado, llegada la dictadura, la caída en desgracia de la mayor parte de ellos. Unos escogieron el camino del exilio, otros el suicidio, muchos otros fueron detenidos y murieron en los campos de concentración asesinados o por su propia mano. Muy pocos fueron los autores de valía que aplaudieron al nuevo régimen. La intelectualidad alemana fue sin duda la clase social del país que representó, dentro de la pasividad general, una decidida postura de oposición a la barbarie instalada en el poder. Ahora, con la vuelta de la libertad, muchos escritores que regresan del exilio o salen de las catacumbas de la oscuridad y el silencio ven en la zona soviética la posibilidad de realización de los principios socialistas por los que habían luchado. La zona occidental es

en esos momentos a sus ojos la continuadora de un autoritarismo burgués con otra fachada, tras la cual significados nazis continúan ocupando altos puestos de los que ni la guerra ni la derrota les ha movido. Frente a esto, la otra parte, nacida al amparo de la que aún era considerada como la primera potencia revolucionaria del mundo ofrece en cierto modo un aspecto idealizante y atrayente. Así, muchos de los escritores consagrados antes de la guerra escogen el camino de la zona de ocupación soviética. Ernst Bloch, una de las más altas cumbres de la filosofía de este siglo, será catedrático en la Universidad Karl Marx de Leipzig. Arnold Zweig, el judío silesiano pacifista y sionista, vuelve de su emigración palestina con la idea de llevar adelante sus ideas socialistas. Inmediatamente es nombrado presidente de la Academia de las Artes. J. R. Becheer, antiguo líder espartaquista y posteriormente exiliado en la Unión Soviética, vuelve desde Moscú para ser nombrado ministro de Cultura de la República Democrática. Anna Seghers, destacada escritora, regresa de su exilio para pre-

sidir la Asociación de Escritores Comunistas. Teodor Pliëver, anarquista tradicional y vagabundo por muchos países tras una activa participación en la frustrada revolución alemana de 1918, también es objeto de honores por los poderes de la zona soviética. Finalmente, pero sin agotar todos los nombres posibles, el más célebre de ellos, Bertold Brecht, dramaturgo y poeta, marcha a la zona oriental donde le esperan todas las posibilidades materiales. Será el alma y organizador del **Berliner Ensemble** de teatro, y, como se ha apuntado en varias ocasiones, «poeta oficial en la corte de Pankow».

Muy pronto, sin embargo, llegará el desencanto, y con él, las deserciones físicas o mentales. A pesar de las privilegiadas situaciones de que estas celebridades disfrutaban por agradecimiento del régimen a cambio del prestigio internacional que le prestan, la falta de libertad reinante enseguida se abate también sobre ellos, y la presión de la censura se hará sentir muy directamente sobre la obra última de sus autores. Y al mismo tiempo que cientos de miles de alemanes de la zona soviética abandonan su hogar en busca del bienestar material y de la libertad de actuación, se producen también las huidas de estos escritores que con su presencia avalaban la existencia de la dictadura de izquierda en Alemania. El primero en marchar será Pliëver, y le seguirá al cabo de pocos años Ernst Bloch, lo que constituirá el más duro golpe para la buena imagen del régimen. Las esperanzas que muchos habían puesto en las posibles realizaciones de este grupo de autores, ahora reunidos y trabajando en una supuesta libertad decaen enseguida. Los que no huyen conocen la frustración y cesa la

producción de calidad. El último Brecht constituirá la más dolorosa demostración de la realidad.

Pero tampoco la vida literaria y teatral de la zona occidental volverá a alcanzar, hasta pasados muchos años, un mínimo nivel de calidad. Muchos de los escritores exiliados cuya mentalidad no acepta los principios que informan la política de la zona oriental, tampoco vuelven a la otra parte de Alemania. Gerhardt Hauptmann, el gran dramaturgo naturalista, muere en 1946 en la oscuridad de su pequeño pueblo ocupado por el Ejército Rojo. Erich M. Remarque adoptará la nacionalidad norteamericana, y Suiza parece ser una solución válida para muchos escritores alemanes que necesitan vivir dentro de una comunidad germánica sin sufrir directamente los desgarrros de una Alemania dividida. Thomas Mann volverá de su exilio americano para instalarse hasta el día de su muerte en Zurich. Tampoco Hermann Hesse abandonará

su refugio suizo. Otros dos destacados escritores, Ernst Junger y Ernst Wiechert, también escogerán la tranquilidad suiza, entre muchos otros escritores menores. De las grandes figuras de la época pre-nazi solamente el filósofo Martín Heidegger, acusado con razón de colaboracionismo con los nacional-socialistas, seguirá viviendo en la zona occidental. Heinrich Mann morirá en 1950 en California manifestando su deseo de ser trasladado a la República Democrática. Once años más tarde, sus cenizas serán llevadas a la tumba por oficiales del Ejército popular de Pankow. A esas alturas ya está edificado el muro de Berlín. Mientras en la zona occidental comienza a ponerse en marcha muy lentamente la vida cultural, en la Alemania Oriental el régimen premia a los escritores que con su prestigio personal son como abogados del sistema y les concede prebendas y honores a cambio del silencio. ■ J.M.S.M.



De Gaulle y Adenauer, con ocasión de la primera visita que el Presidente de la República Francesa rindió a la Alemania Federal, septiembre de 1962.